

PRINCIPIOS DEL PENSAMIENTO

Martín Heidegger



LOS principios del pensamiento guían y rigen la actividad del pensar. Por esta razón, se les denomina también leyes del pensamiento. Entre esas leyes se cuentan el principio de identidad, el principio de contradicción y el principio del tercero excluido. Según la opinión corriente, las leyes del pensamiento son válidas para todo pensar, independientemente de lo que en cada oportunidad se piensa, y abstracción hecha de la manera como procede el pensar. Las leyes del pensamiento no necesitan considerar ni el contenido de los objetos actualmente pensados ni la forma, es decir, el modo del proceso del pensar. Vacías en cuanto a su contenido, las leyes del pensamiento son simples formas. Es en el interior de estas formas de pensamiento donde se forman conceptos, se formulan juicios y se extraen conclusiones. Por eso las formas vacías del pensamiento se dejan representar como fórmulas. El principio de identidad tiene la fórmula: $A=A$. El principio de contradicción se expresa mediante: A no es igual a A . El principio del tercero excluido exige: X es o bien A o bien no- A .

Las fórmulas de las leyes del pensamiento dan lugar a un extraño juego de implicaciones. Así, se ha tratado de deducirlas

unas de otras. Esto ha tenido lugar de diferentes maneras. El principio de contradicción, A no igual a A , es presentado como la forma negativa del principio positivo de identidad ($A=A$). Pero también, a la inversa: el principio de identidad pasa por ser, en la medida en que se funda en una oposición oculta, la forma todavía no desarrollada del principio de contradicción. El principio del tercero excluido, o bien se obtiene como consecuencia inmediata de los dos anteriores, o bien se lo entiende como su eslabón intermedio. Sea lo que se dijere acerca de las leyes del pensamiento, y cualquiera fuere la manera como se lo diga, se las tiene como de evidencia inmediata e inclusive se cree a menudo que debe ser así. Porque, bien considerados, los principios del pensamiento no se dejan demostrar. Sin embargo, toda demostración es ya una actividad del pensar. La demostración se halla sujeta por consiguiente a las leyes del pensamiento. ¿Cómo podría entonces querer colocarse por encima de ellas para justificar su verdad? Pero, aun si consideramos la cuestión particular de la demostrabilidad o de la indemostrabilidad de las leyes del pensamiento como una cuestión inadmisibile, aun entonces subsiste el peligro de embrollarnos en una contradicción en el momento de nuestro examen de las leyes del pensamiento. Entramos, con relación a las leyes del pensamiento, en una situación extraña. En efecto, cada vez que tratamos de traer ante nosotros los principios del pensamiento, se convierte inevitablemente en el tema de nuestro pensamiento —y de sus leyes—. Detrás de nosotros, por así decir a nuestras espaldas, se mantienen ya en todo momento las leyes del pensamiento que gobiernan cada paso de la meditación que las adopta como tema. Esto salta a la vista desde la primera mirada. De una vez por todas, esta indicación parece poner fin a toda tentativa que quisiera pensar de manera adecuada las leyes del pensamiento.

Pero esta apariencia desaparece en cuanto observamos lo que ha ocurrido en la historia del pensamiento occidental. El acontecimiento se sitúa, si lo evaluamos cronológicamente, hace apenas un siglo y medio. Se anuncia en el hecho de que, mediante los esfuerzos de los pensadores Fichte, Schelling y

Hegel, preparados por los de Kant, el pensamiento es conducido a otra dimensión de sus posibilidades, dimensión en ciertos aspectos más alta. El pensamiento se vuelve, conscientemente, dialéctica. En el círculo de esta dialéctica se mueve por igual, y aún más intensamente penetrada por sus profundidades inexploradas, la meditación poética (*dichterische Besinnung*) de Hölderlin y de Novalis. El despliegue teórico—especulativo de la dialéctica, en el cerco de su realización completa, se cumple en la obra de Hegel que lleva el título de *Ciencia de la Lógica*.

La circunstancia por la cual el pensamiento entra en la dimensión de la dialéctica, es histórica. De este modo, parece hallarse detrás de nosotros. Esta apariencia persiste, porque nos hemos acostumbrado a representarnos la historia de manera historizadora. En el curso de la investigación que ha de seguir, vendrá siempre a entrar en juego nuestra relación con la historia. Por ello, antes, nos es necesario subrayar lo siguiente:

En tanto nos representemos la historia como historizadores, ella aparecerá como un tener-lugar (*Geschehen*) y, éste, en la sucesión de lo antes y de lo después. Nosotros mismos nos hallamos en un presente (*Gegenwart*) que atraviesa lo que tiene lugar. Se hace la cuenta del pasado a partir del presente, tomando a éste como base de cálculo. Por él se trazan los planes del futuro. La representación historizadora de la historia como sucesión de acontecimientos, impide aprehender en qué medida la historia verdadera es siempre, en un sentido plenamente esencial, *Pre-sencia*, (*Gegen-wart*). Con este nombre no entendemos lo que se encuentra allí de manera indiferente, en un ahora momentáneo. *Pre-sencia*, es aquello que, al esperarnos, está por delante de nosotros, y viene a nuestro encuentro; es aquello que espera a que nosotros nos exponamos a él o nos cerremos a él. Aquello que, al esperarnos, está por delante de nosotros, a nuestro encuentro, aquello que viene a nosotros; es el por—venir rigurosamente pensado. Transita y rige al *pre-sente* como una exigencia (*Zumutung*) que concierne al ser del hombre; mediante su favor, él lo sitúa en tal o cual disposición, a fin de que sepa algo del por—venir por el que está asido. Sólo en el aire de semejante presentir crece el cuestionamiento, ese cuestionamiento esencial que pertenece

siempre al cumplimiento de toda obra sólida, en cualquier campo que fuere. Una obra no es otra sino en la medida en que responde a la exigencia de lo por-venir y, de este modo, libera, en su esencia reservada, al ser de lo que no ha dejado de ser, nos lo entrega. La tradición liberadora viene a nosotros en cuanto por-venir. Nunca llega a ser lo que es, es decir, exigencia y asignación, mediante el descuento del pasado. Así como cada gran obra debe en primer lugar despertar y formar la clase de hombres que liberarán el mundo que hospeda a la obra, así también la manifestación de la obra, de su parte, debe previamente estar a la escucha de la tradición que le es dirigida. Lo que se acostumbra a denominar lo fecundo y genial de una obra no proviene de la eferescencia de los sentimientos o de la irrupción de los caprichos de lo inconsciente: se trata mucho más de audición vigilante de la historia, audición que tiene su fuente en la pura libertad que es poder oír.

La historia verdadera es pre-sencia (Gegen-wart). Presencia es por-venir, en tanto exigencia de lo inicial, es decir, de lo que despliega ya la futurización de su ser, en la compilación de su recobro. Pre-sencia es la asignación que nos concierne de aquello que no ha dejado de ser. Cuando se dice que en el fondo la historia no trae nunca nada nuevo, esta proposición carece de verdad si quiere decir que sólo hay la uniformidad de lo siguiente idéntico. Pero si dice: no hay nada nuevo bajo el sol, sino lo antiguo en el inagotable poder de metamorfosis de lo inicial, entonces esta frase toca la esencia de la historia. La historia es acontecer (advenimiento) (Ankunft) de aquello que no ha dejado de ser. Esto, a saber: lo que ya despliega su ser, y nada sino esto, viene a nosotros. Sin embargo, el pasado se aleja de nosotros. Para el descuento de la ciencia historizadora, la historia es lo pasado, y el presente es lo actual. Pero lo actual no es y no sigue siendo más que una privación definitiva de porvenir. Estamos sumergidos por la historización (*Historie*) y sólo encontramos raramente una puerta de escape hacia la historia. El orden de los periódicos, de la radio, de la televisión, de los libros de bolsillos es la forma hoy directriz y simultáneamente planetaria del descuento

historizador de lo pasado, es decir, de su transformación en "actualidad". Sería ceguera querer rechazar estos acontecimientos o, por el contrario, querer, con los ojos cerrados, participar en su activación, en lugar de meditarlos en sí mismos. Porque estos acontecimientos pertenecen a nuestra historia, a lo que viene a nosotros.

Denominamos, igualmente, historial al hecho de que el pensamiento haya entrado en la dimensión de la dialéctica.

¿Qué significa esto, que la dialéctica sea una dimensión? Provisoriamente, sigue siendo poco claro lo que es la dialéctica, y lo que quiere decir el giro aquí empleado de dimensión. Cosas como la dimensión las conocemos a partir del dominio del espacio. Dimensión puede querer decir algo así como extensión: una instalación industrial de grandes dimensiones, es decir, de gran extensión. Pero tenemos igualmente costumbre de hablar del espacio de tres dimensiones, que nos es familiar. La superficie, con relación a la línea, es otra dimensión. La línea no hace más que insertarse en la superficie; la superficie es, con relación a la multiplicidad de las líneas, otro dominio de medida que engloba en sí esa multiplicidad. Lo mismo ocurre con los cuerpos, en lo que concierne a su relación con la multiplicidad de las superficies. Volumen, superficies, línea, abarcan cada vez un orden diferente de medida. Si dejamos caer la limitación al espacio, resulta que la dimensión es la región de una medida. Cuando hablamos así, medida y región no son dos cosas diferentes o también separadas, sino una sola y misma cosa. La medida da y abre cada vez una región en que la medida está en ella, y así puede ser lo que ella es.

Cuando caracterizamos la dialéctica como dimensión del pensamiento; cuando, inclusive, debemos reconocerla como la más alta dimensión del pensamiento en el curso historial de la metafísica, esto quiere decir ahora: por el hecho de que el pensamiento deviene dialéctica, arriba a una región hasta entonces cerrada de la medida para la delimitación de su propia esencia. Mediante la dialéctica, el pensamiento gana la región en el interior de la cual puede pensarse a sí mismo completamente. Mediante ello, el pensamiento termina por arribar a sí mismo. En el interior de la dimensión de la dialéctica, se vuelve patente, so-

bre un modo fundado, que al pensamiento pertenece no sólo la posibilidad, sino también la necesidad de pensarse a sí mismo, de reflejarse él mismo en sí mismo, de reflexionarse; y se revela cómo debe cumplirse esto. Por qué y cómo el pensamiento es reflexión, esto no se aclara totalmente sino en la dimensión de la dialéctica. Pero, por el hecho de que el pensamiento en cuanto representación no se separa de ninguna manera de sus objetos: mucho más aún, es así como alcanza por último la mediación y la unificación suficiente con sus objetos. Por ello, el proceso dialéctico del pensamiento no es una simple sucesión de representaciones en la conciencia del hombre, sucesión que se dejaría observar psicológicamente. El proceso dialéctico es el movimiento fundamental en la totalidad del dominio objetivo de todos los objetos, es decir, en el ser en su comprensión moderna. El hecho de que nuestro pensamiento occidental y europeo haya alcanzado la dimensión de la dialéctica que le estaba predestinada desde Platón, este hecho pertenece a la historia mundial. Desde todas partes, viene en cuanto presente y bajo diversas formas a los hombres de este tiempo.

Pero, ¿qué significación tiene entonces este hecho para la tarea que nos concierne: la meditación de las leyes del pensamiento? Resumida en su indispensable brevedad, ésta es la respuesta: mediante el ingreso del pensamiento en la dimensión de la dialéctica se ha abierto la posibilidad de situar las leyes del pensamiento en la región de una medida más fundamental. En el horizonte de la dialéctica, los principios del pensamiento adquieren una forma modificada. Hegel muestra que esas leyes plantean otra cosa, y más, de lo que la representación corriente halla inmediatamente en sus fórmulas. Porque la representación de todos los días no encuentra en ellas nada. Es así como la fórmula del principio de identidad, $A=A$, pasa por ser, para el sentido común, una proporción que no dice nada. Hegel muestra sin embargo que esta proporción $A=A$, no podría de ninguna manera plantear lo que plantea si no hubiese ya superado y roto la vacía identidad de A consigo mismo, y opuesto en lo mínimo a A consigo mismo, con A . La proposición no podría tampoco ser una proposición, es decir,

un planteo sintético, si no abandonara previamente lo que pretende plantear, a saber, A, en tanto identidad absolutamente vacía, y por esta razón jamás susceptible de desarrollo ulterior, de una cosa consigo misma, A en tanto identidad, y lo que es más, identidad abstracta. Así, Hegel puede decir: "Hay por lo tanto en la forma de la proposición, en la que se expresa la identidad, más que la identidad simple y abstracta". (Ciencia de la Lógica, libro II, Lason, Vol. II, p.31). Hegel, en su Lógica, ha hecho visible por lo tanto no sólo la verdad más rica de las leyes del pensamiento, verdad conducida a su fundamento; al mismo tiempo ha puesto en evidencia de manera irrefutable el hecho de que nuestro pensamiento habitual no obedece por entero a las leyes del pensamiento cuando, precisamente, pretende ser exacto, sino que muy por el contrario, las contradice de continuo. Pero esto sólo aparece como una consecuencia del estado de hecho según el cual todo lo que es tiene como fundamento la contradicción, lo que Hegel escribe a menudo y de múltiples maneras. En particular citemos esta frase: "Ella (la contradicción) es la raíz de todo movimiento y de toda vida; sólo en la medida en que alguna cosa tiene en sí una contradicción es cuando se mueve, cuando posee una fuerza y una actividad". Más conocido, porque más accesible, y por esta razón citado a menudo, es el pensamiento de Hegel sobre la relación entre la vida y la muerte. La muerte pasa por ser habitualmente la aniquilación y la devastación de la vida. La muerte está en contradicción con respecto a la vida. La contradicción separa, desgarrándolas, la vida de la muerte; la contradicción es el desgarramiento de la vida y de la muerte. Hegel dice sin embargo (en el Prefacio de la fenomenología del Espíritu): "No la vida que teme a la muerte y se guarda puro de toda devastación, sino la vida que soporta la muerte y se conserva en ella es la vida del espíritu. El (el espíritu) no gana su verdad sino en la medida en que se encuentra a sí mismo en el desgarramiento absoluto (es decir, en la contradicción). (Ed. Hoffmeister, pp. 29-30). El poema tardío de Hölderlin titulado En el adorable azul... termina con estas palabras: "Vida es Muerte, y la Muerte también es una Vida". Aquí, la

contradicción se devela como lo que une y hace durar. A esto parece oponerse lo que Novalis escribe en uno de sus fragmentos (ed. Wasmuth, vol. III, p. 1125): "Aniquilar el principio de contradicción, tal es quizás la tarea más alta de la lógica superior". Pero el poeta que piensa quiere decir: el principio de la lógica habitual, a saber la ley que impone evitar la contradicción, debe ser aniquilado; así es necesario hacer valer la contradicción como rasgo fundamental de todo lo real. Novalis dice y Hegel piensa exactamente la misma cosa: aniquilar el principio de contradicción, para salvar la contradicción como estatuto de la realidad de lo real.

Mediante esta remisión a la interpretación dialéctica de las leyes del pensamiento por Hegel, según la cual ellas dicen más que su fórmula, cuyo enunciado nunca es observado por el pensamiento dialéctico, mediante esta remisión algunos hechos sorprendentes son llevados a plena luz. Un conocimiento suficiente, una aprehensión decisiva de estos hechos no han venido todavía a los oídos del pensamiento habitual. Esto no debe sorprendernos. Si ya Hegel mismo, al hablar del capítulo que trata de las leyes del pensamiento, dijo de él que se trataba de la parte más difícil de su Lógica (Encicl., 114), ¿cómo podríamos, sin ninguna preparación, reencontrarnos en la dimensión en la que, mediante la dialéctica, las leyes del pensamiento y sus fundamentos se vuelven problemáticos?

En verdad, cuando se trata, hoy, de dialéctica, se tiene apuro en subrayar que existe un materialismo dialéctico. Se lo tiene por una Weltanschauung, se lo hace pasar por una ideología. Pero, con esta comprobación, no hacemos más que salir del camino de la meditación, en lugar de reconocer que la dialéctica es hoy una realidad mundial, quizás la única realidad mundial. La dialéctica de Hegel es uno de esos pensamientos que —entonados desde lejos— "mueven el mundo", tan poderoso allí donde el materialismo dialéctico es objeto de fe, como allí donde —en un estilo poco modificado de la misma manera de pensar— es refutado. Detrás de esta "confrontación de doctrinas", como se dice, se desencadena la lucha por el dominio del mundo. Pero, detrás de esta lucha, reina un

combate en el que el propio pensamiento occidental está implicado consigo mismo. Su último triunfo, en el que comienza a adquirir toda su extensión, consiste en el hecho de que este pensamiento ha obligado a la naturaleza a liberar la energía atómica.

¿Es aberración o irrealismo tratar de pensar este pensamiento y meditar sus principios? Tal vez, al hacer esto, consigamos llegar al fundamento del pensamiento. Tal vez sólo lleguemos a su huella, para que podamos todavía experimentar a tiempo el poderío (Gewalt) del pensamiento, que supera infinitamente, es decir, por esencia, a todo quantum posible de energía atómica. En efecto, la naturaleza no podría nunca aparecer como un reservorio de energía, tal como se la representa ahora, si la energía atómica no fuera arrancada de allí, es decir, forzada por el pensamiento. La energía atómica es objeto de un cálculo y de una maniobra efectuados por una técnica científica que se denomina física nuclear. Pero, que la física consiga forzar la naturaleza de esta manera, es —sin prejuzgar sobre lo demás— un hecho meta—físico.

Si ocurriera que los seres pensantes fuesen aniquilados por la energía atómica, ¿dónde habría entonces todavía pensamiento? ¿Es por lo tanto más poderosa la energía de la naturaleza, bajo su forma técnica y maquina, o lo es el pensamiento? ¿O bien ninguno de los dos, que en este caso forman parte de un mismo todo, tiene prioridad? ¿Hay igualmente algo, cuando todo mortal, cuando todo hombre “es” borrado de la superficie de la tierra?

Más poderoso que la fuerza de la energía natural y el pensamiento de la naturaleza, hay en primer lugar y previamente, el Pensar (der Gedanke) al que obedece un pensamiento (ein Denken) cuando persigue la naturaleza con vistas a obtener de ella la energía atómica. Tales pensares (Gedanken) no son fabricados por nuestro intelecto de mortales; muy por el contrario, es el intelecto el que, siempre, es requerido por esos pensares para que les responda o se les sustraiga. Tampoco nosotros, los hombres, tenemos pensares, sino que los pensares vienen a nosotros, mortales cuyo ser

reposa en el pensar como en su fundamento. Pero, ¿quién piensa entonces esos pensares que nos visitan? esto es lo que no dejaremos de preguntar en seguida, suponiendo que se trata aquí de una cuestión rigurosa, dado que viene a nosotros de manera inmediata—. Nosotros, —¿qué somos nosotros— nosotros que tenemos una opinión tan inmediata de nosotros mismos? ¿Cómo queremos meternos en semejantes pensamientos en tanto somos tan novicios en lo que concierne a los principios del pensamiento?

“Principios del pensamiento” —comenzamos por una aclaración del título de este ensayo. Mediante la aclaración puede abrirse el camino de las diligencias meditativas que van a seguir. La aclaración busca lo claro. Denominamos claros y puros el aire y el agua, por cuanto ellos no son turbios, sino transparentes. Pero, hay también el oro puro, que es totalmente opaco. Lo puro y claro es lo no-turbio, en el sentido en que toda mezcla de lo heterogéneo está excluida. Clarificamos el título “Principios del pensamiento” con el fin de alejar una heterogenia. Alcanzamos esta finalidad arribando a esas determinaciones que el título quisiera nombrar en cuanto es el título de este ensayo. La aclaración del título nos conduce así por el camino de un pensamiento que retoma y medita el pensamiento. “Principios del pensamiento” significa en primer lugar: leyes para el pensamiento. Este, con todos sus juicios, conceptos y deducciones, está sometido a esas leyes, está reglamentado por ellas. El pensamiento es el objeto que cae bajo el dominio de estas leyes. El genitivo, en el giro “Principios del pensamiento”, significa: principios para el pensamiento. Es un genitivo objetivo.

Sin embargo, un segundo punto se revela en seguida. Propositiones del género $A=A$, $A \text{ no} = A$, son formas fundamentales del pensamiento; proposiciones por las cuales el pensamiento se formula él mismo en su forma. Los principios se revelan así como que son el objeto que es formulado por el pensamiento. En cuanto a éste, se manifiesta como el sujeto de la formulación de los principios. Kant, siguiendo a Descartes ha

hecho visible, en la Crítica de la razón pura que todo pensamiento es esencialmente un “yo pienso...” y la manera como es este “yo pienso...” Todo lo que es representado, en cualquier pensamiento que fuere, es, en tanto tal, referido de retorno a un “yo pienso”; con más exactitud, todo lo representado está por anticipado, provisto de esta relación con el “yo pienso”. Si no reinara universalmente en nuestro pensamiento esta misma relación de retorno al mismo yo, que piensa, entonces no llegaríamos nunca a pensar lo que fuere. Para todo pensamiento, el yo, en el “yo pienso”, debe hacer uno consigo mismo, ser lo mismo.

Fichte fijó este estado de cosas en la fórmula “Yo=Yo”. A diferencia del principio de identidad ($A=A$), que vale formalmente para todo lo que es susceptible de ser representado, cualesquiera fuere su género, la proposición “Yo=Yo” está determinada en cuanto a su contenido, como la proposición que podemos enunciar, por ejemplo a propósito de todo árbol tomado por sí mismo: “árbol=árbol”. En efecto, Fichte muestra en su *Wissenschaftslehre* (1794), que la proposición “El árbol es árbol” no debe en absoluto ser puesta en el mismo rango que la proposición “Yo soy yo”. Por supuesto, diremos nosotros, porque un árbol y mi “yo” son cosas diferentes en cuanto a su contenido. Sin embargo, todas las proposiciones de esta forma: árbol=árbol, punto, yo = yo, se subsumen en la proposición más general y formalmente vacía, $A=A$. Pero, según Fichte, esto es precisamente lo que se excluye. Por el contrario, es la proposición “Yo soy yo” la que es afirmación del acto (*Tathandlung*) del Yo, es decir, del sujeto, por lo que solamente es formulada la proposición $A=A$. La proposición Yo=Yo es más extensa que la proposición formal general $A=A$; he aquí un estado de cosas sorprendente, del que no diremos con seguridad demasiado al afirmar que lo que toca no ha sido, hasta aquí, traído a luz, y esto quiere decir, para el pensamiento, a su inicial dignidad de pregunta.

El pensamiento no es en primer lugar objeto para los principios, sino sujeto. En el título “Principios del pensamiento”, el genitivo es subjetivo. Pero los principios son

también, sin embargo, principios para el pensamiento; conciernen a él. El genitivo, en el título, es también un genitivo objetivo. Por eso, más prudentemente, diremos: el título "Principios del pensamiento" anuncia algo ambiguo. Por esta razón nos sitúa ante las preguntas siguientes que se encadenan unas a otras: ¿podemos, debemos llevar el título a una univocidad, e interpretarlo de este modo o bien como genitivo objetivo o bien sólo como genitivo subjetivo? O debemos dejar caer este "o bien... o bien", y hacer valer en su lugar un "tanto... como"? Sin embargo, recurrir a este "tanto... como" no es más que un pretexto para evitar profundizar la meditación. Allí donde se trate de recuperar y de meditar el pensamiento y sus principios, el "tanto... como" no puede ser respuesta, sino sólo el impulso hacia la pregunta: ¿qué hay con el pensamiento en sí mismo, si es que debemos ser tanto sujeto como objeto de sus principios?

Principios del pensamiento: nada más que una tosca declaración del título produce una inquietud que no queríamos dejar callarse otra vez. A fin de que despierte nuestra reflexión, recorramos de nuevo, de una manera nueva, el camino que acabamos de hacer. Preguntamos: el principio de identidad, bajo su forma $A=A$, ¿es importante porque el pensamiento, en tanto "Yo pienso..." lo formula, o bien el pensamiento debe formular este principio porque A es igual a A ? ¿Qué significa aquí "es"? ¿Los principios del pensamiento hallan su origen en el pensamiento? ¿O bien el pensamiento ha salido de lo que formulan sus principios? ¿Qué significa aquí "formular"? Decimos, por ejemplo, "habiendo sido formulado este hecho", y queremos decir con esto: siendo admitido que alguna cosa se encuentra siendo de tal o cual manera. Pero la formulación de los principios, esto está claro, no es una simple hipótesis de este género. Los principios formulan y fijan alguna cosa, y esto por anticipado y para todos los casos. De este modo son presuposiciones. Seguramente, pero nosotros usamos también con mucha liberalidad y negligencia esta palabra, sin preocuparnos por saber qué, o lo que, "posiciona" (formula) aquí, ni el modo de esa "posición" (formulación), ni en qué

dimensión de anterioridad yo que es pre (su) puesto es puesto. Sin embargo, en cuanto leyes del pensamiento, lo que ponen (formulan) los principios del pensamiento lo ponen y lo fijan de manera irrevocable. Imitan, por así decir, la fortaleza donde el pensamiento pone por anticipado a cubierto todas sus empresas. ¿O bien —pensemos en lo que dice de ellos Hegel— los principios del pensamiento serían un refugio poco seguro para el pensamiento? ¿Los principios necesitan, por su lado, de un asilo donde estén a cubierto? Pero, entonces, ¿dónde está su refugio? ¿Cuál es su origen? ¿Cuál es el asiento de la procedencia de los principios del pensamiento? Aquel que, hoy, afirma que esta cuestión está resuelta con toda claridad, es un fullero. Quiere hacer pasar por ciencia algo que no lo es, que no puede serlo, porque la ciencia no lleva hasta el dominio donde podría, quizá, ser situado el asiento de la procedencia de los principios del pensamiento. Confesémoslo con calma: la procedencia de los principios del pensamiento, el asiento del pensamiento que formula estas leyes, el modo de ser del asiento aquí nombrado y de su lugar, todo esto pertenece velado para nosotros en una oscuridad. Esta oscuridad está, tal vez, siempre en juego con ocasión de todo pensamiento. El hombre no puede dejarla de lado. Le es mucho más necesario aprender a reconocer lo oscuro como lo indelimitable (inabarcable), y mantener lejos de sí las prevenciones que devastan el alto reino de lo oscuro. De este modo lo oscuro se mantendrá separado de las tinieblas, simple y completa ausencia de luz. Lo oscuro es la morada secreta de lo claro. Lo oscuro guarda lo claro en sí. Se pertenecen uno al otro. Por ello lo oscuro posee su propia limpidez. Hölderlin, verdaderamente nutrido de antigua sabiduría, dice en la tercera estrofa de su poema Memoria:

*Pero que me ofrezca,
llena de oscura claridad,
alguien la perfumada copa.*

La claridad ya no es esclarecida cuando lo claro estalla en pura claridad; “más clara que mil soles”. Es difícil preservar la limpidez de lo oscuro, es decir, evitar la mezcla de la claridad

que es extraña a él y encontrar la única claridad que conviene a lo oscuro. Lao-Tse dice (cap. XVIII; trad. V. v. Strauss): "Aquel que conoce su claridad se vela en su oscuridad". A esto, agreguemos la verdad que cada uno conoce, pero que pocos soportan: el pensamiento mortal debe dejarse descender en la oscuridad de la profundidad de las fuentes para ver una estrella en pleno día. Es más difícil preservar la limpidez de lo oscuro que obtener una claridad que no quiere lucir sino como tal. Lo que sólo quiere lucir no ilumina. La presentación clásica de la doctrina de las leyes del pensamiento quiere sin embargo lucir como si el contenido de estas leyes y su valor absoluto fuesen inmediatamente evidentes para todos.

Mientras tanto, la primera aclaración del título "Principios del pensamiento" ya nos condujo rápidamente a lo oscuro. El origen de los principios, ya fuere en el pensamiento mismo o bien en lo que el pensamiento tiene que meditar en el fondo, o bien en alguna de ambas fuentes que se ofrecen inmediatamente, esto es lo que permanece secreto para nosotros. Además, mediante la interpretación dialéctica del pensamiento que tuvo lugar en Hegel, las leyes del pensamiento han perdido la forma y el papel que eran los suyos hasta entonces.

Pero, antes que nada, el ingreso del pensamiento en la dimensión de la dialéctica nos prohíbe, en lo porvenir, hablar a la ligera de "el" pensamiento. Por lo demás "el" pensamiento no existe en ninguna parte. Cuando nos representamos el pensamiento como una facultad del hombre, entonces se convierte en una construcción imaginaria. Y si invocamos el hecho de que, en nuestra época, un modo uniforme de pensamiento arriba en todas partes sobre la tierra a un dominio mundial, es necesario también tener firmemente en cuenta que este pensamiento uniforme no es más que la forma nivelada y hecha útil de esa figura histórica del pensamiento que denominamos el pensamiento europeo occidental. Apenas comenzamos a aprehender la singularidad cargada de historia de este pensamiento; demasiado raramente queremos tener a esta singularidad por verdadera.

En un escrito de juventud, publicado en las obras póstumas, Karl Marx explica que "todo lo que se denomina la historia mundial no es nada más que la producción de hombre por el trabajo humano, en cuanto devenir de la naturaleza del hombre" (Die Frühschriften, I, 1932 p.307).

Muchos rechazarán esta interpretación de la historia mundial y la representación del ser del hombre que le sirve de fondo. Pero nadie puede negar que la técnica, la industria y el comercio determinan hoy magistralmente, en cuanto trabajo de la producción espontánea del hombre por sí mismo, toda la realidad de lo real. Sólo con esta comprobación saldremos en seguida de esa dimensión del pensamiento en la que se mueve la frase citada de Marx sobre la historia mundial como "trabajo de la producción espontánea del hombre". Porque la palabra "trabajo" no significa aquí una simple actividad y su resultado. Esta palabra habla en el sentido del concepto hegeliano de trabajo, que es pensado como el rasgo fundamental del proceso dialéctico mediante el cual el devenir de lo real despliega y cumple la realidad de lo real. Que Marx, al contrario de Hegel, vea la esencia de la realidad no en el espíritu absoluto que se capta a sí mismo y produce sus medios de vida, conduce sin dificultad a Marx a una oposición extrema con relación a Hegel; pero mediante esta oposición, Marx permanece en el interior de la metafísica de Hegel; porque vida y reino de la realidad, es siempre proceso de trabajo en cuanto dialéctico, es decir, en cuanto pensamiento, en la medida en que lo efectivamente productivo de toda producción sigue siendo el pensamiento ya fuere tomada y puesta en ejecución como pensamiento especulativo metafísico o como pensamiento científico-técnico, o también como mezcla y esquematización grosera de ambos. Toda producción es pensamiento.

Si nos atrevemos, lo que da a entender el título, a meditar el pensamiento, ese discurso referente al pensamiento sólo tiene sentido auténtico si en todas partes aprehendemos el pensamiento únicamente como aquello que determina nuestro ser historial. Desde el momento en que tratemos seriamente de retomar y meditar este pensamiento, nos encontramos ya

habitando en el trazado y las relaciones de nuestra historia, y esto significa: en la historia mundial presente. Sólo cuando seamos menos novicios en lo que se refiere a nuestro pensamiento y su alcance esencial estaremos en condiciones de reconocer otro pensar en cuanto extraño, y prepararnos para la sorpresa de su fecunda extrañeza. En cuanto al pensamiento que, en sí mismo historial, determina hoy la historia del mundo, no es de hoy; es más antiguo que el simple pasado. Su aliento, en sus más antiguos pensamientos, viene a nosotros de una proximidad cuya huella no sentimos porque creemos que lo que nos concierne propiamente, es decir, en nuestro ser, es lo actual.

Nota: El texto original apareció en el *Jahrbuch für Psychologie und psychotherapie* No. 1-3 1958. Tiene estrecha relación con el trabajo titulado: "Der Satz von der Grund, 1957 y con las conferencias El principio de Identidad (cfr. Rev. Aula No.35, Sto. Dgo, 1981) y la constitución onto-theo-lógica de la metafísica, contenidas ambas en el volumen *Identität und Differenz*, 6. Neske, Pfullingen, 1957. Traduce el presente trabajo Raúl C. Aguirre.